



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Oda a una cagada de perro

Ricardo Cabrera
Julio 29, de 2020

Ha transcurrido poco menos de una quincena desde la última incursión punitiva en el exterior para aliviar los efectos de la escasez de víveres, y heme aquí, nuevamente en el exterior, indeciso entre caminar los casi dos kilómetros hasta el centro de abastecimiento o



ceder al miedo e ir en vehículo para llegar más pronto y con ello, evitar a la gente que ya invade las calles.

Los días de confinamiento, no solo se han llevado los últimos vestigios de condición física, también nos despojan de la seguridad de moverse en la libertad que nos ofrecen los espacios exteriores.

Un rayo de sol, colándose entre los árboles me decide a tomar el camino largo, caminar, y convertirme en un tameme.

El viento frío de la mañana en la Ciudad de México se prende con fuerza de mi piel, la sensación lejos de ser una tortura me invita a quitarme el cubre bocas y aspirar con fuerza, acción que me reservo hasta atravesar un parque, la escasez de personas ejercitándose o paseando a su perro me da la fuerza necesaria para tomar una decisión tan temeraria.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Caminar, no solo se ha sido un ejercicio que devuelve las energías perdidas, me retroalimenta de imágenes cotidianas que solo me llegaban por internet. -Hace un tiempo deje de ver las noticias-.

Resulta vivificante la idea de ser un explorador de espacios tan conocidos en el pasado, pero que hoy resultan tan nuevos, como si descubriéramos en medio de la selva –en este caso de concreto- nuevos edificios prehispánicos. La curiosidad aflora nuevamente, y veo todo con calidad de desconocido en mi propia ciudad.

Un perro, callejero por condición, pero seguramente un druida reencarnado, debió pasar antes que yo por la acera por la cual camino. La constancia que ha dejado de su paso es clara: una cagada perfecta que bordea en lo místico, debe tratarse de un perro de raza pequeña, y eso



le confiere mayor arte a su creación, alineados en formación casi perfecta, los pequeños dólmenes oscuros, forman un semi círculo, la formación recrea casi en forma perfecta a *Stonehenge*, en el Reino Unido. Me detengo para apreciar su aportación al mundo, puedo recrear al perro en mi mente, agachado en plena meditación, ajeno al estrés del ruido, del movimiento callejero, del posible ataque de otros perros; y después, solo deja fluir su cuerpo y transformarlo en un icono perecedero. Habrá quienes no estén de acuerdo, sin embargo, existen muestras impresionantes de aberración artística que son vendidas para satisfacción de egos, en aras del nombre que las produce.

Es el sentido de estar vivo, lo que nos hace apreciar incluso las muestras más simples de la naturaleza, el confinamiento nos da de regalo; a quienes tenemos la



oportunidad, de escuchar la música que queramos, basta colocarnos los audífonos, y nos sumergiremos en nuestro propio mundo. Esto, para aprovechar el confinamiento, incluso, recrear los sonidos de la naturaleza, que pueden ser tan perfectamente claros que terminan abrumando. Los sonidos, carecen de vida, misma que encontramos en la libertad de la calle, y para aquellos afortunados del campo. La música de la naturaleza, nos ofrece sinfonías inéditas e irrepetibles todos los días. Sus arias escritas para sopranos interpretados por canarios, barítonos en la voz de urracas y cuervos, tenores que toman la forma de búhos, asisten para las galas diarias que ocurren con o sin nuestra presencia.

No es de extrañar que podamos apreciarlas mejor ahora, lo mismo ocurre con los presos, la apreciación se da por la carencia de lo más importante en nuestras vidas: La libertad.

El encanto salvaje de la naturaleza se traduce en silbidos, en arrullos de vientos, en levantar y erizar los vellos de la piel, el deseo de que fuera compartido con quien amamos a nuestro lado, por lo pronto se quedara en eso: en deseo.

Los cubre bocas y las mascarillas nos devuelven a la realidad, es la parte prosaica en el trayecto a cualquier lugar donde nos desplazemos hoy día. Bueno, tomando en consideración a aquellos que les importan la vida de los demás.

Para quienes hemos sido testigos de los efectos de la naturaleza en nuestras vidas, el encierro se ha convertido en algo más que una bola de hierro atada a nuestro tobillo, nuestros cuerpos se han visto anclados en espacios reducidos y hemos tenido que rescatar de los baúles de la imaginación los recuerdos tridimensionales de texturas, olores y sabores de la naturaleza.

Seguir caminando, por las calles de Ciudad de México, algunas de ellas vacías, entrega para quienes lo disfrutamos, de una secreta alegría, de un estado de exaltación de los sentidos que nos impide pensar –cuando menos por el momento que dure el paseo- en las dificultades del día a día, en lo difícil de la situación



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

económica, en el colapso de los sistemas de salud, en el confinamiento de la educación –mal antes, peor ahora- en mi propio desempleo que retribuya las ganancias seguras de un salario.

Si lo vemos, la vida puede ser más que la mera apreciación de una cagada de perro, puede ser tan poética o prosaica como deseemos. No es una visión romántica que intente ocultar nuestra vida diaria, en muchos de los casos de hacinamiento familiar. Los clanes familiares se han visto fortalecidos o debilitados en el sentido propio de las propias bases en las cuales estaban cimentados, la pandemia no ha sido culpable de la desintegración de estos grupos, solo ha expuesto los vicios que se encontraban dormidos en cada uno de los integrantes. Para todos ellos, lo escrito hasta ahora, sea complejo y difícil de entender. Pero, para quienes han logrado llevar a otro nivel de integración y de convivencia, de solidaridad entre sí y hacia quienes les rodean. Podrán entenderlo cabalmente.

Nuestro sentido de adaptabilidad a través de los miles de años de permanencia sobre la tierra nos ha hecho perdurar, la extinción de nuestra especie aún está lejos, las teorías conspiranoicas nos intentaran convencer de lo contrario y señalaran fechas para el *doomsday*

Mientras eso ocurre, un día cualquiera –como el de hoy- se puede convertir, en nuestro día. El fin de fiesta de este, mi día; terminó con un helado aguacero que se dejó sentir, después de haber atiborrado de víveres mis bolsas, escuché el renegar de mucha gente que se mojaba, que se movía hacia la seguridad de los lugares secos, apiñándose y olvidando el asunto de la sana distancia –es mejor contagiarse, que mojarse, ja-, se veían con cierta desconfianza, pero ni hablar, está lloviendo, es de suponer que me vieran como a una especie de alienado –al principio, se acostumbran rápido, la Ciudad de México está llena de locos como yo-. Dejé de huir de los gruesos goterones que me mojaban, hay en ellos, remembranzas pueriles –los *milenials* no lo entenderán- de nuestras propias vidas.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Mientras el agua corría por mis brazos desnudos –decidí no utilizar nada que los cubriera- me llenó de tristeza, el pensar sobre la ópera prima que el perro entregara al mundo. Y digo ópera prima, porque de sus muchas cagadas, quiero creer que esta es la primera que creó con tal dedicación. Imaginar, que alcanza este grado de maestría en cada deyección vuela los sesos. Retomando, sin divagaciones, me entristece pensar que haya sido barrido por el agua, o peor aún, ¡Por una escoba! Su castillo de arena, solo viviría hasta que la marea no dejara rastros de ella.

Así, su trabajo –deleznable, sucio, peligroso y cuanto adjetivo se ocurra- será tan efímero como mi propia apreciación.

Todos los días, somos testigos de cagadas de perros –por lo menos, muchas de ellas, podrán tener un mayor sentido artístico que la nuestros dirigentes-.

Por un instante, me hubiera gustado conocer al creador [hablo del perro], luego me dije que era mejor que siguiera en el anonimato, de esta forma, veo a todos los peludos [sigo hablando de los perros] como artistas en ciernes. Y si, aun cuando representen un riesgo al encontrarse sus muestras de trabajo fisiológico en plena acera –utilizadas como sus lienzos preferidos-, prefiero verlas con la indulgencia de pensar que son artistas callejeros, y que los culpables de su situación, somos nosotros mismos. 

